

La verdadera fuente de autoridad

A.T. Jones

Sermón (extractos) dado en General Conference el 2 de abril de 1901

¿Quién compone la iglesia? Aquellos que miran a la Cabeza, los que buscan la Cabeza, los que están unidos a ella. La cantidad de miembros no hace diferencia alguna: aunque fuésemos solamente tú y yo, cada uno en un extremo de la tierra, ambos nos moveríamos y actuaríamos juntos, ya que la Cabeza, Jesucristo, actúa en los dos.

La Escritura dice:

Buscad, pues, hermanos, de entre vosotros a ... hombres (Hechos 6:3).

¿Cómo podemos saber cuáles son las personas apropiadas para ocupar un determinado cargo? Hemos de pedir a Dios que abra nuestros ojos, que los unja con el colirio celestial a fin de que podamos saber quiénes son aquellos a los que Dios ha llamado ya. Él los ha preparado. Todos aquellos cuyos ojos haya ungido Dios serán capaces de discernirlo.

Dios otorga autoridad a los hombres, sea que tengan o no un puesto o cargo. Jesús estaba en esta tierra cuando dijo: “Toda potestad [autoridad] me es dada en el cielo y en la tierra”, sin embargo no tenía *puesto* alguno. Los fariseos, los sacerdotes, los escribas y los doctores de la ley tenían *posición*, tenían *cargo*. Podían señorear sobre él, lo podían convocar y juzgar. Pero ¿cuál era la autoridad de ellos? Carecían de toda autoridad. Jesús dijo a sus oyentes: “En la cátedra de Moisés se sientan ... pero no hagáis conforme a sus obras”. Estando Moisés sentado en aquella cátedra, había autoridad en ella, pero no había autoridad alguna cuando era un fariseo o un escriba quien ocupaba ese mismo lugar.

Se decía de Jesús, que todos “estaban maravillados de las palabras de gracia que salían de su boca”. ¿Por qué? “Porque les enseñaba como quien tiene autoridad, no como los escribas”. Todo cuanto podían hablar los escribas era prestado, pero cuando hablaba Jesús todos sabían que lo que él decía no era prestado sino que era la sustancia misma. La palabra habitaba en él; él mismo no era sino la expresión de la palabra que pronunciaba. Y al hablar la palabra impresionaba los oídos y reanimaba los corazones de los que oían.

Las fariseos, que carecían de “autoridad”, vinieron a desarrollar tales celos hacia él, que no pudieron soportarlo más. Lo tenían que echar del mundo para “salvar su puesto”.

Si lo dejamos así, todos creerán en él, y vendrán los romanos y destruirán nuestro lugar santo y nuestra nación (Juan 11:48).

¿Dónde estaba la autoridad de Jesús, siendo que no tenía *puesto* ni *cargo* alguno? —Allí donde está siempre la verdadera autoridad: en la verdad de Dios que él predicaba. Toda verdadera y genuina autoridad en la iglesia proviene de la verdad de Dios.

La medida de la verdad que posee un hombre es la única medida de su autoridad.

Jesús dijo:

Los gobernantes de las naciones se enseñorean de ellas, y los que son grandes ejercen sobre ellas potestad. Pero entre vosotros no será así (Mateo 20:25-26).

¿Qué hacen los gobernantes de las naciones? —Ejercen autoridad.

Dios no ha dado autoridad a ningún hombre en su iglesia para que *ejerza* la autoridad. Esa es la diferencia entre los gobernantes de las naciones y los príncipes de Dios. Los príncipes de este mundo *ejercen* autoridad, aunque careciendo de la auténtica autoridad. Los príncipes de Dios, poseyendo verdadera autoridad, nunca la ejercen. La autoridad de la verdad de Dios se ejerce por ella misma.

Por lo tanto, no existe una cosa tal como el dominio entre los príncipes de Dios. No hay señorío, no hay nadie con el *espíritu de mando* [en palabras de Ellen White]. No hay límites territoriales entre los príncipes de Dios, tales como 'esta es *mi* Asociación'. ¡Es la Asociación *de Dios*! No es mi territorio, sino el de Dios. Los príncipes de Dios poseen autoridad, pero no ejercen autoridad, y eso les satisface. Dios se encarga del resto, de tal forma que nadie sea el mayor. Sólo Uno es el Amo. Todos los demás somos hermanos.

Asegurémonos de que nuestra autoridad viene de Dios, y de que nunca *ejercemos* la autoridad. No obstante, debemos hablar con autoridad, puesto que la autoridad está en la verdad que hablamos.

A cada uno de nosotros fue dada la gracia conforme a la medida del don de Cristo (Efesios 4:7).

Recordad que hemos sido llamados a dejar de lado todo lo infantil, a no ser como niños llevados de aquí para allá, no sabiendo si estamos en terreno firme. Dios quiere que edifiquemos sobre el fundamento —la verdad— que hace libres a los hombres, y que sabemos que es la verdad.

¿Qué persona, qué grupo de personas puede seleccionar a un obrero aquí y a otro allá, y disponer que trabajen conjuntamente para bien? Esa obra de dirigir la causa de Dios es la más delicada del universo, puesto que tiene que ver con las mentes. ¿Cómo podemos unir con la vida de Dios a almas vivientes armoniosamente en el Espíritu? Sólo Cristo, la Cabeza, puede hacerlo. Él nos usará en esa obra de entrelazarnos —no tejernos, sino entrelazarnos— unos con otros. Al tejer se mantienen anudados uno con otro hilos diferentes, pero al tricotar o entrelazar existe *un solo hilo* pasado de tal forma que cada punto sujeta a los vecinos.

Eso es lo que Dios se propone hacer con nosotros. Nos ha *entrelazado*, nos ha unido y compactado, de tal forma que la iglesia crezca edificándose en amor.